

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(99)/ST/8
30 de noviembre de 1999

(99-5187)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Tercer período de sesiones
Seattle, 30 de noviembre - 3 de diciembre de 1999

Original: inglés

REINO UNIDO

Declaración distribuida por el Excmo. Sr. Stephen Byers, Miembro del Parlamento, Secretario de Estado para Comercio e Industria

Señores Ministros de Comercio, señor Director General, señores colegas, me complace dirigirles la palabra en el día de hoy. Nos encontramos ante la adopción de decisiones sobre el futuro del comercio mundial que darán forma a nuestras economías y a las vidas de nuestros pueblos durante decenios. Nunca antes ha habido tanto interés por las decisiones que tomaremos en Seattle.

Y nunca antes ha habido tanto interés por la propia OMC.

La OMC sólo tiene cinco años de existencia, y sin embargo Seattle constituirá un acontecimiento determinante para ella.

¿Puede la OMC modernizarse y reformarse de manera que pueda obtener una mayor credibilidad y el apoyo de los pueblos y de sus gobiernos?

¿Puede dejar de ser percibida como sirviente de las multinacionales y en vez de eso imponerse como órgano que va a proteger y defender los intereses de todos sus Miembros? Al actuar así, debe asegurarse de que la política comercial no cae en manos de intereses estrechos que con demasiada frecuencia se inclinan en favor del proteccionismo.

Una OMC que reconozca la necesidad de mayor apertura y transparencia, con respecto a la cual no se siga considerando ni que actúa en secreto ni que responde a las necesidades de unos pocos pero no a las aspiraciones de los países en desarrollo y menos adelantados.

Una OMC modernizada y reformada y que pueda mirar con confianza al siglo XXI y al ritmo cada vez mayor de la mundialización.

No debemos perder de vista las oportunidades que nos ofrece la nueva era de la mundialización. Nos hemos beneficiado de la integración de la economía internacional.

El compromiso compartido de lograr la apertura del comercio ha sido una fuerza que ha impulsado el crecimiento. La respuesta esencial a los problemas del momento no es una mundialización menor, ni el establecimiento de unas estructuras nacionales nuevas destinadas a separar y aislar a las economías, sino la creación de unas estructuras internacionales más fuertes para hacer que la mundialización funcione tanto en los tiempos difíciles como en los fáciles.

Necesitamos urgentemente una cooperación más estrecha, un diálogo continuo y un compromiso inquebrantable de lograr la apertura del comercio.

Cuando estamos presionados, vemos que existen refugios fáciles pero peligrosos: la vuelta al proteccionismo, la ruptura de la cooperación y la aparición de políticas de egoísmo nacional. Sin embargo, esto sólo puede llevar a un empeoramiento de la situación, no a la reanudación del crecimiento.

Seamos claros, el proteccionismo, sea donde sea, constituye una amenaza a la prosperidad de todos. El aislamiento de las economías nacionales únicamente hace que aumente la inestabilidad nacional e internacional. Y en todo el mundo son los miembros más pobres y más vulnerables de la sociedad quienes padecen las consecuencias de la crisis financiera y del estancamiento.

Hay quien afirma que la mundialización y la liberalización del comercio son intrínsecamente perjudiciales y sólo benefician a un puñado de empresas multinacionales, con lo que ensanchan la brecha entre los más ricos y los más pobres, amenazan al medio ambiente y socavan las estructuras sociales.

Ese tipo de personas, que han existido en todas las etapas de la historia de la humanidad, siembran dudas sobre el progreso y ponen de relieve los males que supuestamente acarrea, al tiempo que hacen caso omiso de los beneficios que reporta. Hoy en día sus equivalentes modernos rechazan el mercado y la idea de crecimiento; rechazan el lucro como avaricia y consideran que la ciencia y la tecnología constituyen una amenaza más que un medio de mejorar las vidas de la gente.

No hay duda de que el progreso que se persigue ciegamente y sin pensar en las consecuencias lleva consigo riesgos y costos.

Si trabajamos juntos podremos confundir a los críticos y mostrarles que la mundialización y la liberalización juntas pueden ser una fuerza decisiva y beneficiosa. Sin embargo, tenemos que trabajar para convencer a nuestros pueblos de que hay que ver esto con satisfacción y no con temor.
